

-Este... cuando eso, yo estaba en embarazo -dice ella como en el aire, y el recuerdo de él parece atrapar esas palabras en la atmósfera tibia de la sala:

-Ah... sí. Lo que más duro me dio durante esa guerra fue con la niña recién nacida. Viendo que la cosa estaba tan difícil, tuve que mandar a mi señora embarazada para su pueblo, a la casa de su mamá, y yo me quedé solo. Eso fue lo más duro.

Entonces la guerra terminó y Albert quedó sano y salvo con su familia. Pero atiborrado de deudas y con el negocio deprimido, tuvo que solicitar un préstamo al banco municipal, el Banco de los Pobres, y de esa manera levantó de nuevo su tienda y canceló un par de cuentas de servicios públicos vencidas por cuantía mayor a un millón de pesos. Pero lástima que todo no hubiese sido color de rosa, porque a fin de cuentas quedó con una deuda bancaria.

Albert afirma que aunque a su barrio llegó la calma tras todo aquel tiempo de agonía, ahora no se siente tranquilo del todo. A su parecer, los policías no cumplen su función en la zona como deberían, aunque después de la guerra se les vea a diario, pasando en motocicletas, subiendo y bajando calles, parados en las esquinas o sentados en las bancas de las tiendas. Ellos están ahí, pero aunque estén, Albert y otros tenderos del barrio tienen que seguirle pagando extorsión al grupo ilegal de paramilitares que se posicionó en la zona tras la expulsión de las milicias. El mismo grupo que arrendó algunas casas vacías para sus miembros y otras se las tomó por la fuerza, tras echar fuera del barrio a las familias de los milicianos muertos o desterrados.

-Pues sí, en este momento me extorsionan -dice Albert-, pero más poquito. A los tenderos de abajo sí los vacunan mucho.

Para ajustar, según Gabriela, la esposa de Albert, muchos adolescentes de la zona también están entrando al grupo de paramilitares. Sin duda terminan allí por reclutamiento forzado, la escasez de oportunidades en el medio o la atracción que sobre ellos ejerce el poder de las armas. Es un proceso similar al vivido con las milicias, pero esta vez con grupos de extrema derecha infiltrados en el sector tras el fin de la guerra.

-Ya toda la gente en el barrio se está metiendo en eso -asegura Gabriela, un poco indignada-. Y ahora todo el mundo se hace pasar por paraco.

-¡Pero hable más bajito! -le dice Albert medio gritando.

-¡Pero es verdad!

-Sí. ¡Pero hable más bajito! -remata él, tajante, con su aire patriarcal. ■

Habitantes de la calle

Fotos y texto Edgar Domínguez C.



La ciudad de Medellín, marcada por terribles oleadas de violencia que la han estigmatizado como una de las ciudades más violentas del mundo, se mueve entre el emprendimiento empresarial, la extrema pobreza de más de la mitad de su población y el mal manejo de las problemáticas generadas por los centenares de seres humanos que aquella desigualdad arroja a las calles.

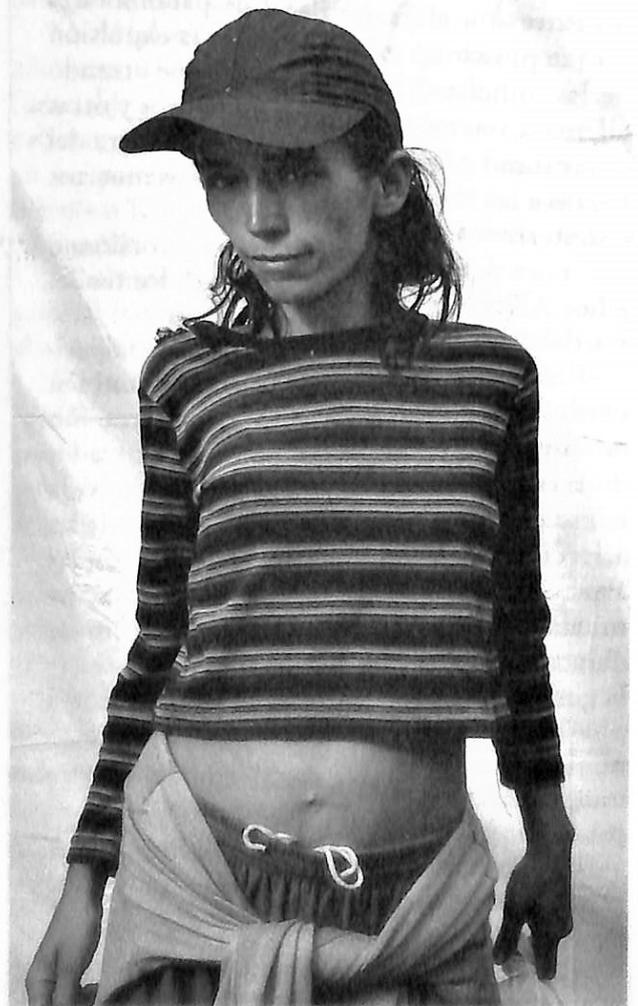


Personas que vergonzosamente fueron, en algún momento, llamados ‘desechables’, estigmatizados por la droga y la extrema pobreza, que no son otra cosa que “ciudadanos en situación de calle”, arrinconados por la exclusión y la intolerancia de una sociedad para la que es molesta su presencia y que sistemáticamente trata de apartarlos, como si no reconocerlos fuera la mejor manera para que no existieran.

Hace varios años el gobierno municipal de entonces decidió entrar a ‘Las Cuevas’, sitio de reunión de un gran grupo de habitantes de la calle, para desalojarlos y obligarlos a recluirse en albergues dispuestos para su ‘rehabilitación’. Las Cuevas fueron demolidas y estas personas perseguidas por la policía, en operativos que duraron varios meses y que, antes que remediar nada, hicieron aún más dramática la situación de los habitantes de ‘Las

Cuevas’, que terminaron viviendo a la intemperie, cubiertos con plásticos, en la cuadra aledaña a la demolida edificación. Parte de ese drama lo relató el periodista Alejandro Castaño en el libro *La isla de Morgan*, publicado por la Editorial Universidad de Antioquia en el 2004.

Aunque un fallo del Tribunal Administrativo de Antioquia condenó al Municipio de Medellín por el desalojo y la demolición de ‘Las Cuevas’ y lo conminó a presentar una solución a esta problemática y a pesar de la buena intención expresada por el actual alcalde, los vecinos de los sectores en donde el gobierno ha planteado la reubicación de estos grupos humanos protestaron y se negaron sistemáticamente a colaborar con la acogida de estas personas. Para muchos son seres indeseables, sin que la mayoría se atreva a mirarlos siquiera a los ojos.







Una invitación a pensar

La fotografía para mí es, más que un medio de comunicación, un medio de transmisión. Su cercanía al arte tiene que ver con su capacidad de despertar sensaciones en el espectador, de acercarse a sus sentimientos. Además, la retórica manejada en la composición fotográfica hace de la imagen una verdadera exploración poética que tiene su poder de convencimiento en los tonos y las líneas y que es, para cada uno de los que la observan, un descubrimiento siempre diferente. La fotografía no resuelve nada, y decir que es sólo una referencia es tomarla por poco. La fotografía inquieta, propone, impacta, estremece y, ojalá, invita a pensar.

‘La fábrica de las apariencias’ y ‘Mírame a los ojos’ son dos proyectos que buscan renovar la mirada acerca de dos temas que atañen a nuestra cotidianidad, y que tienen, aunque en un principio no lo parezca, un punto de encuentro en el ámbito de lo bello. Indigentes humanizados por el retrato y un fondo blanco, y mujeres buscando una transformación que las catapulte a una aparente prosperidad.

Estos ensayos fotográficos exploran ese sentido de lo bello como necesidad de un entendimiento. Son un ejercicio de tolerancia y una invitación a la reflexión, más allá del rectángulo fotográfico.



Este trabajo fotográfico busca que la ciudad se atreva a reconocer en ellos a seres humanos dignos de respeto y consideración.

El autor

Edgar Domínguez tiene una amplia experiencia en el arte de capturar instantes para conservar la historia. Es periodista de la Universidad de Antioquia. Especialista en estética, semiótica y hermenéutica del arte de la Universidad Nacional, en donde realiza su ciclo de maestría en estética, su tesis de grado se titula: "La estética del fotoperiodismo y su aporte a la cultura colombiana".

Fue Jefe de fotografía del periódico *El Mundo* y coordinador de fotografía del periódico *El Tiempo*; en 1998 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar a la mejor fotografía. En el año 2001 participó por Colombia en el Taller de Fotoperiodismo Avanzado de la Sociedad Interamericana de Prensa y la Universidad de Miami.

Es autor del libro *Leidy Tabares, la niña que vendía rosas*, de Intermedio editores. La Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas le concedió el premio al mejor reportaje gráfico en el concurso "Colombia, Imágenes y realidades" en el año 2003. En 2005 obtuvo el primer puesto en el concurso de fotografía documental "Los Trabajos y los Días" con el reportaje "La Fábrica de las Apariencias".

Sus trabajos han sido publicados en diarios como *The Guardian*, *El País de España*, *The Miami Herald* y *The Washington Post*.

Ha sido docente en reporterismo gráfico en la Universidad de Antioquia y en la Universidad Pontificia Bolivariana.

Actualmente se desempeña como corresponsal de la agencia de noticias EFE en Medellín y es editor general de la empresa Fotoeditores.

